

UNA MIRADA HISTÓRICA VIQUIANAMENTE APASIONADA

Miguel A. Pastor Pérez



[Estudio bibliográfico de: / A Bibliographical Study of: P. Badillo O'Farrell/ E. Bocado Crespo (Editores), *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la Historia*, Editorial Tecnos (Colecc. Ventana Abierta), Madrid, 1999, pp. 443]

Lo primero que cabe hacer ante la propuesta de esta obra, sea como lectores diletantes, sea como estudiosos o investigadores de distintos campos del saber, es felicitar por su aparición, pues resulta –ante todo– un libro necesario dentro del ámbito del pensamiento español, que no puede ni debe permanecer indiferente ante uno de los más originales y fecundos filósofos de nuestro tiempo: Isaiah Berlin.

En realidad nos encontramos frente a dos libros que se superponen. Uno primero que trata sobre Berlin, casi desde Berlin, la persona y el personaje, su obra, sus grandes temas, sus respuestas abiertas, su influencia e incidencia en el mundo actual; en una palabra, que encarna a Berlin. Y un segundo libro que nos ofrece un riquísimo, interesante y profundo análisis de algunos de los temas fundamentales que trató, desde las diversas perspectivas de notables estudiosos que, al menos intelectualmente, han conocido, compartido y departido con el autor objeto de estudio.

Por su parte, los editores P. BADILLO Y E. BOCARDO han estructurado y coordinado con sugerente acierto tres secciones en el libro, articulando en sus páginas algunas semblanzas, la propia palabra de Berlin y varios estudios sobre él. Con ello han sido los primeros en recoger en España el envite de repensar su legado, pues, que recordemos ahora, solamente otra dos obras –tal vez tres– han venido a desarrollar colectivamente esta labor, en lengua inglesa.

CUATRO ENCARNACIONES

La primera parte de la obra se articula en torno a *cuatro semblanzas*, en realidad encarnaciones de Berlin, realizadas por autores que han mantenido de algún modo un trato intelectual preferente con él. A través de ellas nos llega un pensador, pluriversal y multidimensional en temas vitales e intereses conceptuales.

La impresión personal de HENRY HARDY (*Isaiah Berlin: Una impresión personal*), no por obvia menos reveladora, es que ha sido uno de los pensadores liberales fundamentales de nuestro siglo. También de los más polivalentes a tenor de su descripción de las activida-

des de las que hizo profesión y a las que se dedicó profesionalmente (filósofo, teórico de la política, historiador de las ideas; ensayista, crítico, profesor); étnica-cultural (ruso, inglés, judío) y –sobre todo– personal y vital, pues, «fue un hombre de un vigoroso poder intelectual con un raro don para entender una amplia variedad de motivos humanos, esperanzas y temores, y con una capacidad prodigiosamente vigorosa de gozar –tanto de la vida como con las personas en toda su variedad, de sus ideas e idiosincrasias, de la literatura, de la música y del arte–» (p. 19). Desde esta descripción, llena de sensibilidad, lo que nos queda a cualquier lector es la añoranza de no haberlo conocido, compartido, departido personalmente.

Su principal legado al futuro es lo que escribió. Una obra que Hardy divide en cuatro campos de investigación fundamentales: el liberalismo, el pluralismo, el pensamiento ruso del siglo XIX y los orígenes y desarrollos del movimiento romántico.

Su obra, tan amena, tan perturbadora para quien se acerca por primera vez a ella, su pensamiento, incluso su conversación, tenían un carácter aléptico, «nunca se mantenía en el mismo punto, sino que lo retomaba y lo miraba desde diversos lados y seguía el hilo hasta donde le conducía, haciendo felices digresiones, y saltando volvía sin ceremonias al punto de partida» (p. 21). Y de algún modo, ese tono, ese carácter en el diálogo intelectual, es lo que ha conseguido mantener con los autores que aquí lo tratan.

Para JACOBO MUÑOZ (*La otra dialéctica de la Ilustración*) la verdadera patria de Berlin «fue en realidad la memoria y su verdadero tema el *desasosiego* de la cultura ilustrada moderna» (p. 29). Y ello desde la afirmación de que no hay un único método para obtener la respuesta verdadera a nuestras demandas más acuciantes de orden ético, estético, social y político, porque el conocimiento se rige por la espontaneidad, por la imaginación individual y el ímpetu del genio personal. En una sociedad liberal pluralista como la propuesta por Berlin y en la que el *yo* en su condición de sujeto de varias comunidades no siempre armoniosas entre sí es plural y conflictivo él mismo, no se pueden eludir los compromisos. Hay que lograrlos. Negociando es posible evitar lo peor. Tal vez por este motivo para Muñoz haya sido «un pensador de fuerte impregnación moral y, precisamente por ello, escasamente dispuesto a renunciar al primado –a un cierto primado– de la razón ilustrada» (p. 35).

LEÓN POMPA (*Isaiah Berlin. 1909-1997*) nos presenta otro semblante del autor: un Berlin mediático cuyo «interés en los asuntos intelectuales iba paralelo con su deseo de comunicar, lo que él creía que tenía valor en relación con casi todos los aspectos de la vida contemporánea, a una audiencia aún más amplia que la circunscrita a los círculos intelectuales» (p. 39). Trató en sus obras sobre lo que de verdad resulta importante en la vida actual y sobre lo que en realidad nos importa entender, y tan sólo por este motivo, aún cuando, sin duda, pueda haber algunas razones más, todos salimos ganando cuando lo leemos.

Pero al final, en un autor en el que lo humano es inseparable de lo intelectual, lo que cuenta es la libertad de un espíritu que se dio generosamente a aquellos que trataba y cuya modestia, sincera, genuina y entera le llevaba, a menudo, a preguntarse por qué la vida lo había distinguido tan felizmente. «En este aspecto, por lo menos, aunque probablemente no lo sea en otros, sus lectores y quienes lo conocieron supieron comprenderle mejor de lo que él mismo lo hacía» (p. 45).

En una última encarnación, MARIO VARGAS LLOSA (*Sabio, discreto y liberal*), nos ofrece la visión de un incitador, intelectual y políticamente hablando, cuya extraordinaria

obra de ensayista ha sido poco leída. Un provocador sabio, modesto y peculiar liberal, cuyo ideal político «consistió, sobre todo, en un permanente esfuerzo de comprensión del adversario ideológico, cuyas razones y argumentos procuró entender y explicar con un exceso de escrúpulos que desconcertaba a sus colegas intelectuales» (p. 48). Una concepción política que le llevó a la distinción de dos libertades (*negativa* y *positiva*) incompatibles, como el agua y el aceite, pero cuyo verdadero progreso reside en la coexistencia, en la vigencia de ambas, «en una difícil transacción, que debe irse remozando sin tregua, como hacía él, con sus convicciones, sometiéndolas a diario a la prueba del enemigo» (p. 49).

LA PALABRA DE BERLIN

En la segunda parte, toma la palabra el propio ISALAH BERLIN; palabra que en una caracterización del propio autor, aunque no referida a sí mismo, podría describirse conceptualmente como profunda, realista, ingeniosa y viva; y formalmente como casi musical, no sólo interpreta sino que nos hace sentir lo interpretado a través de un estilo vivaz, claro, atrayente, nunca árido y siempre apasionado, que posee la transparencia de los seres originales y originarios. Ello, a través de tres trabajos, entre los cuales destaca un interesante inédito sobre uno de los autores base de su pensamiento: Vico (*Un punto de inflexión en el pensamiento político*); una inflexión de carácter político, un aleph, a través del que Berlin percibe que «los grandes momentos son aquellos en los que muere un mundo y otro le sucede» (p. 85), o «que un hombre racional muere cuando la vida de acuerdo a la razón se hace imposible, ya sea porque sus facultades han decaído demasiado o porque la vida se tenga que comprar a un precio demasiado irracional» (p. 106). También se recoge un texto clave para comprender a Berlin, lo que probablemente puede ser considerado su testamento intelectual: *Mi andadura intelectual*, con una notable presencia viquiana en el camino andado. Trabajos que, en una eficaz traducción al español, nos abren a una aproximación exitosa del conocimiento de su pensamiento. Uno de estos trabajos, el tercero y último, *La reputación de Vico*, va a originar la respuesta de PETER BURKE (*¿Vico menospreciado?*) rechazando este conocido historiador cultural, ante todo, la acusación (en su momento realizada por Berlin a Burke) de cualquier intento de minusvaloración de Vico por su parte, en una réplica que, sin duda, no es una excusa, y en la que reclama que el interés post-ilustrado sobre Vico se debió a su carácter «contracorriente» pues fue «un pensador del siglo XVIII que no fue ilustrado», y sugiriendo, por otra parte, que el napolitano conceptualmente «fue post-cartesiano, porque fue antes pre-cartesiano» (p. 130). Cuenta del conocido talante del maestro oxoniense lo da también el mismo Burke, quien a pesar de la discrepancia intelectual no puede sino echar de menos «su contagioso entusiasmo y fino ingenio, así como su poderosa inteligencia», como nos dice en la misma página, refiriéndose a Berlin.

SIETE PROPUESTAS

Se abre así la parte tal vez más sustanciosa de la obra, en cuanto que a través de siete ensayos, o más bien siete propuestas o incitaciones berlinianas, otros tantos autores van a mantener un diálogo fecundo, clarificador siempre y brillante en muchas ocasiones, sobre algunos de los distintos temas que evidentemente interesaron a Berlin, pero que también van a interesar en la actualidad.

JOAQUÍN ABELLÁN (*Isaiah Berlin y Max Weber: Más allá del liberalismo*) abre la serie de trabajos con el establecimiento de una lúcida identidad empática entre Berlin y Weber, a

pesar de no haber leído el primero ni una sola línea del segundo cuando realiza sus propuestas. El supuesto previo del pluralismo de valores o fines últimos son las diversas formas de auto-hacerse la especie humana, la relación significativa de la actividad de un individuo con la del prójimo, dando lugar a distintas naturalezas: ése es el destino del individuo. Un pluralismo de valores que, al igual que para M. Weber, es un dato de la experiencia.

La elección entre la moral y las exigencias de la acción, elección de valores finalistas mediante los que pretendemos orientar nuestra vida, se inscribe, tanto en Berlin como en Weber, en una interpretación individualista de la personalidad que nos plantearía la cuestión de su pertenencia a la tradición del liberalismo y, si así fuera, en qué sentido. El propio Berlin dice que no hay una conexión lógica, necesaria entre pluralismo de valores y liberalismo, aunque él sostenga tanto el uno como el otro. Así, su liberalismo (tan fuertemente sentido, tan válidamente razonado, tan sinceramente practicado), sus características, son tan especiales que le sitúan más allá del liberalismo.

Ni Berlin ni Weber se pueden considerar ilustrados ni contrailustrados. En ambos, el análisis de la racionalidad implica una crítica sobre la base de la misma racionalidad. Sus propuestas nunca conducen a la huida de este mundo desencantado en el que estamos inmersos, sino todo lo contrario, a mirarlo de frente. Entonces Weber ¿es liberal pesimista o liberal trágico o agonista? También, «Weber esta realmente más allá del liberalismo, pues las categorías centrales de éste no sirven para entender ni enfrentarse al destino que nos ha tocado vivir» (p. 151). En definitiva, Abellán nos propone inteligentemente un Berlin que desde la intuición imaginativa de Weber trasciende el liberalismo político hacia un liberalismo ético dispuesto a acoger al herético de todas las ortodoxias, a aquellos que van a «contracorriente», cualquiera que sea la corriente.

Desde cierta afinidad con el tema anterior, y en un ensayo que gira en torno al eje central donde se cruzan casi todas las líneas del pensamiento berliniano: la filosofía política en cuanto teoría y acción, para PABLO BADILLO (*Pluralismo, libertad, decencia: Consideraciones en torno a la Filosofía Política de Isaiah Berlin*), ante todo, lo más característico en la obra de Berlin es la imposibilidad de concluir una respuesta única y sin matices plurales ante cualquier cuestión que se plantee. Por eso en la obra del maestro de Oxford se nos ofrece más narración que dialéctica, más corrientes tendenciales que leyes absolutas.

Berlin pensaba que la filosofía era un campo fascinante, capaz de elaborar conceptos que podían resultar idóneos para transformar la realidad, pero tal posibilidad estaba reservada a los genios. Y si no genial sí especialmente inspirada se nos muestra la filosofía política del autor de los *Cuatro ensayos sobre la libertad*, que en tiempos difíciles para este saber (1957 será el año de *Dos conceptos sobre la libertad*), elabora algunas de las categorías de más productividad explicativa-comprensiva, colaborando determinadamente al resurgir y a la dinamización de una ciencia que parecía completamente agotada en ese momento.

Desde el reconocimiento de que la filosofía política no es sino la proyección a un ámbito plural de los contenidos de la moral, *la ética aplicada a la sociedad*, hay que subrayar la influencia reveladora que ha jugado el pensamiento de Maquiavelo en el de Berlin, en cuanto le obligó a preguntarse qué moral es la que se proyecta sobre el ámbito de lo colectivo. «Maquiavelo, según Berlin, al subrayar la peculiaridad de las dos moralidades mantuvo no sólo la dificultad de que ambas coexistan, sino que además planteó la posibilidad de que en múltiples ocasiones entren en conflicto, siendo en ese preciso momento cuando se hace

necesario llevar a cabo una elección [...] a veces agonística entre valores diversos referidos a la acción humana, tanto en el ámbito de la esfera privada como de la pública» (p. 160). En este análisis de los orígenes del pensamiento berliniano, Badillo nos plantea indirectamente una hipótesis, cuanto menos peculiar: ¿es también Maquiavelo un filósofo agonista? Además de Maquiavelo, serán Vico y Herder quienes conformen la tríada de referencia inexcusable para el desarrollo plenario de una concepción multivalorista del mundo humano en la obra de Berlin. Éste ofrece una visión filosófica dentro de la cual la existencia de múltiples valores, y consecuentemente la defensa de un pluralismo, atacado y tachado por algunos de puro relativismo (lo que evidentemente no sería cierto al considerar que el relativismo se encuentra casi exclusivamente interesado en las diferencias, mientras que a Berlin le interesan tanto las semejanzas como la diferencias), resulta primordial. Lo que Berlin rechaza es tanto la crítica radical a la modernidad como el intento de fundamentar e interpretar el mundo, la política y sus normas, en términos de valores absolutos, ciertos y válidos más allá de un tiempo y un lugar.

Parecería «en muchas ocasiones que las opciones tomadas por Berlin, a través de los autores elegidos como interlocutores privilegiados, conducían a elevar una profunda crítica a la Ilustración, y tal posibilidad hay que negarla taxativamente» (p. 178) si es entendida en sentido global, porque, tal vez, como ha apuntado Bobbio, el contraste entre el liberalismo profesado por Berlin y sus autores predilectos, puede ser resuelto considerando estas figuras «contracorriente» como encarnaciones de la libertad positiva.

Como ha sostenido repetidamente y con rotundidad el propio Berlin, los derechos humanos, la base del pluralismo, no se sustentan en perspectivas e intuiciones racionales, sino en la creencia que los considera como la única forma de hacer posible una *vida decente*, frente a la barbarie de la destrucción. Y añade que estas verdades son generales pero en el entendimiento de que no dan por sentado nada inalterable, ni siquiera la propia libertad como ideal que en ocasiones puede estar subordinado o tener menos prioridad que el ideal de la igualdad. Esto nos sitúa frente al núcleo de los dilemas morales y políticos, como claramente nos muestra Badillo.

Lo político, y no la política, es para Berlin, en definitiva, aquel ámbito de la realidad en el que se produce el encuentro entre los diversos intereses y conflictos que caracterizan las relaciones entre los individuos, y, desde ese mismo ámbito de su ser, supone una proyección ampliada de la órbita de la moral. Badillo, uno de los mejores conocedores hoy día del pensamiento filosófico-político y moral de Berlin, esgrime con razón que esto exige un análisis de su teoría ética y política en dos niveles diferentes, o lo que es lo mismo: tal vez haya que distinguir entre el liberalismo como teoría política (o sea como una teoría del Estado liberal) y el liberalismo como visión general del hombre y de la historia o como visión ética del hombre, de su dignidad, de su capacidad de elegir y de autodeterminarse. La meta a alcanzar, o en su caso mantener, es una sociedad *decente*, «aquella en la que se ha conseguido que las instituciones no humillen a las personas, a diferencia de una sociedad civilizada que sería aquella en la que unas personas no se humillan unas a otras» (p. 188).

En *Indeterminismo: La historia evitable en Sir Isaiah Berlin*, ENRIQUE BOCARDO nos sugiere a un Berlin convencido de que el determinismo, que no sería sino una forma de monismo teleológico, era una filosofía radicalmente falsa, aunque el mismo Berlin nunca llegara a ofrecer ninguna prueba que la refutara, disuadido de la posibilidad de una demos-

tración concluyente de que lo fuera. El éxito de las ciencias naturales, su carácter nomotético, y la liberación de nuestra responsabilidad para con las acciones de las que podemos y queremos considerarnos autores, serían las dos razones que han sustentado al determinismo.

Berlin presenta básicamente dos objeciones a esta doctrina histórica. La primera es que anula por completo nuestra noción intuitiva de responsabilidad, si es que existe tal cosa, o cualquier cosa que sea ello. La *responsabilidad* implica la capacidad de dar cuenta de las acciones que realizamos. La segunda objeción tiene que ver con el lenguaje que desplegamos cuando afrontamos nuestra experiencia vital (pensamos valores, enjuiciamos acciones, proponemos actuaciones, tomamos decisiones, aceptamos errores, asumimos sentimientos). El conocimiento que se requiere para entender estos fines no se puede interpretar en los mismos términos en los que concebimos la ciencia, volcamos nuestra experimentación o desarrollamos nuestra técnica. Berlin determina esta otra clase de conocimiento como una «intuición imaginativa» mediante la que entramos en contacto directo con nuestros estados interiores «o con el de los demás por simpatía, a la que se puede llegar gracias a un alto grado de poder imaginativo» (p. 242). Que nos podamos equivocar, es algo muy probable e incluso altamente probable; pero lo que nos permite hacer esas reconstrucciones es nuestra capacidad de compartir una misma naturaleza: tener experiencias personales, identificarlas en los demás hombres, reconocer en ellos nuestras propias reacciones, deseos, sentimientos, esperanzas y miedos. El poder de las ideas puede ser devastador. «Crear aún cuando creamos las cosas más inocuas y banales, es casi siempre el motivo más poderoso que se encuentra detrás de nuestras acciones. A menudo el valor de las ideas que nos mueven a actuar y que se convierten en motivos o razones de nuestras acciones dependen del grado de verdad de que gozan» (p. 244). Pero lo esencial es que realmente nosotros lo creamos. El Berlin que Bocardó nos proyecta defendió una propuesta decidida y novedosa que entendía la filosofía como una crítica racional de las categorías que los hombres utilizan para hacerse inteligible la experiencia.

JUAN BOSCO DÍAZ-URMENETA (*Los límites de la Ilustración: una aproximación al concepto de experiencia en Isaiah Berlin*) va a mostrarnos el concepto de experiencia que sostiene Berlin y que trasciende el carácter limitado y limitativo del instituido por la Ilustración, desarrollando en profundidad un tema (problema) que ya se nos hiciera patente en su monografía dedicada a Berlin con el título *Individuo y racionalidad moderna* (1994).

Como nos muestra Díaz-Urmeneta, Berlin toma como punto de partida la experiencia articulada. No son las vivencias sino las formas simbólicas el objeto de su *comprensión imaginativa* que es la otra forma de designar lo que en otro lugar se ha llamado *imaginación reconstructiva*. Los conceptos racionales son «en el mejor de los casos, ficciones útiles [...] y en el peor formas de evadir el enfrentamiento con la realidad misma» (p. 259). La *comprensión* berliniana no es sino el reconocimiento de lo propio y de la diversidad que hay en esa lenta labor, y que constituye la vida, de comprometerse en dar sentido. Para ello hay que contar con la relación con el entorno y, sobre todo, con el medio comunicativo en el que el sentido se produce. Entrar en esa trama de significaciones no es posible sin una identidad afectiva que en lugar de hacernos ver los objetos de la *otra experiencia* como ajenos y lejanos nos disponga a sentirlos como nuestros. Y el vehículo mediante el cual podremos entrar en contacto directo con el objeto de la experiencia compartida no será otro que el lenguaje histórico: él nos permitirá «separarlo de la corriente de acontecimientos, señalarlo, invitar a

su verificación inmediata» (p. 285). Desde esta perspectiva no es posible dejar de participar de una convicción que Berlin comparte con Vico, Hamann y Herder: que el pensamiento no es anterior al lenguaje mismo. Pensar *es* usar símbolos, y la cultura, o mejor aún: las culturas son sistemas de símbolos y significados compartidos por seres humanos implicados en la acción simbólica, creaciones acumulativas de la mente desde la experiencia.

El mejor «legado de la Ilustración es el valor decisivo de la autonomía humana pero, para Berlin, el ejercicio de la racionalidad autónoma se da sobre un conjunto de relaciones entre las cosas y de nosotros con ellas que no podemos objetivar» (p. 290), es lo que llamamos experiencia, de nosotros mismos, de los demás, de los que nos rodea.

A estas alturas, resultará evidente que la filosofía política de Berlin es el núcleo de interés principal de estos trabajos. Así también ocurre en el ensayo de ELENA GARCÍA GUTIÁN (*El pluralismo liberal de I. Berlin*), donde la profesora de la UAM nos describe la filosofía política liberal de Berlin como una de las grandes elaboraciones teóricas del presente siglo. Ello a pesar de que en la obra del teórico de Oxford no esté explicitada una fundamentación definitiva del liberalismo, que aparece más bien como una visión de la la sociedad y de la historia, «una creencia apoyada en una práctica histórica particular» (p. 293). De lo que se va a tratar ahora es, entonces, de ofrecer los rasgos principales de esa *peculiar* visión de la política, mostrando tanto las firmes bases sobre las que se sustentan esas creencias como sus dudas y ambigüedades —que también las hay—, la fragmentación, su carácter poco sistemático y la variedad de temas que aborda Berlin; pues éste, como todos los escritores que se afirman en el análisis y en la crítica, no se preocupó nunca de la síntesis.

En Berlin no encontraremos, estrictamente hablando, una teoría política liberal. Recorriendo las páginas en las que Berlin expone, aunque a retazos, su pensamiento, los rasgos de su postura liberal se dibujan a partir de la extracción de sus ideas y opiniones de fuentes diversas: escritos filosóficos, trabajos de historia de las ideas sobre diferentes autores o corrientes intelectuales y ensayos histórico-políticos. Pero una vez reconocidos y coordinados entre sí, todos estos elementos nos ofrecerán una visión política cohesionada, apasionada que no fanática, sabiamente razonada y conscientemente autolimitada. Por ello, la propuesta de García Gutián es que debemos comenzar por la visión berliniana del pluralismo valorativo, o *moral* como lo llama la autora, para poder comprender la visión política y analizar la fundamentación que Berlin ofrece de su declarada afiliación liberal. ¿Cuál es la concepción de la naturaleza humana que suscribe éste? Mejor cabe decir que no sostiene la idea de que todas las personas posean una única, fija e inalterable naturaleza y que persigan metas comunes universales para lograr su autorrealización personal. Lo único común es la capacidad de preferir las propias metas y valores, sin importar cuales sean.

En su versión de la pervivencia de la filosofía política que él mismo defiende, la institución principal es *el compromiso*, lo que se ha llamado *liberalismo agónico*, caracterizado por asumir el conflicto social inevitable e intentar atenuarlo a través de la negociación y el ofrecimiento permanente, dando lugar a unas formas de vida siempre revisables, porque están continuamente haciéndose. Se puede concluir, en opinión de la autora, que en la visión política de Berlin sobresalen los elementos negativos, la crítica a una forma de hacer teoría que es dominante desde la Ilustración en la tradición occidental, sobre los elementos positivos, aquellos que permitirían concretar su propia versión del pluralismo liberal. «Quizás una visión política tan consciente de sus limitaciones no satisfaga las expectativas de los que

busquen una solución definitiva a los problemas o crean en la inevitabilidad del progreso entendido en un sentido particular; sin embargo, en una época que ha visto caer tantos mitos políticos, su visión un tanto escéptica resulta absolutamente profética y realista» (p. 308).

La segunda contribución de HENRY HARDY (*Tomándose el pluralismo en serio*), propiamente clarividente como corolario de una postura personal pluralista de honda raíz berliniana, nos presenta el *pluralismo* como un término oscuro, cuya significación más inquietante es la de que los valores últimos son irreductiblemente múltiples, que no se pueden reducir ninguno de ellos a un valor supremo; y que a menudo son inconmensurables. Características que se proyectan en y desde las estructuras más complejas de las que forman parte. La naturaleza humana, sin embargo, es también esencialmente flexible y capaz de transformarse a sí misma, y puede acomodar una considerable variedad de distintas aproximaciones sustantivas, sin tener que originar ninguna violencia. Como los individuos, las culturas también difieren, y de manera más importante en sus más profundas concepciones sobre la manera en que se ha de vivir la vida, cuáles deberían ser los fines humanos, por qué merece la pena que nos preocupemos, cómo podemos estimar los diferentes valores, cómo se ha de estructurar una sociedad, en qué consisten los derechos y responsabilidades de los individuos..., las culturas deben ser pensables y aprendibles, pero sobre todo... vivibles.

En este sentido extiende Hardy su interpretación del pluralismo berliniano. El pluralismo es la visión atrevida que consiste en que puede haber más de una decisión *correcta*, más de una solución, más de una manera de vivir, y que entenderlo de esa manera es algo que tiene que ver con el rechazo al reflejo de la obstinación humana o al error debido a la ignorancia. Pero no resulta prudente, a pesar de las estipulaciones de la corrección política, considerar todas las culturas, simplemente por el hecho de existir como tales, como si fueran automáticamente de igual mérito, tan sólo en virtud de su *status* de culturas para las que, en algunos casos, la tolerancia de quien cree en otros dioses es una culpa, la intolerancia un deber.

La tesis de Hardy radicaliza la opción pluralista, desvirtuando un casi concepto de falsa tolerancia, y aquí se emplaza su planteamiento fundamenta: «por muy tolerantes que podamos decidir ser en términos sociales y políticos, los pluralistas no le deben conceder ventaja intelectual a los seguidores de credos monistas, especialmente a aquellos que mantienen que sus credos pueden coexistir, sin tensión, con los de los pluralistas, o incluso más ridículamente, con las opiniones incompatibles de los otros monistas. Si el pluralismo es verdadero, todo monismo es falso, y no es honesto pretender lo contrario» (p. 319).

Una última y extensa contribución cierra esta prolífica y sugerente serie de estudios. El ensayo de JOSÉ M. SEVILLA (*La insumisión al dilema. Berlin y Vico*) mantiene con Berlin la misma actitud que éste proyecta (en palabras del propio Sevilla) hacia sus autores favoritos: circular por sus ideas desde el entendimiento de su cosmovisión. Tal vez por ello, el autor nos propone un Berlin cuyo corazón es ilustrado pero cuya razón es viquiana.

Ambos aspectos representan, junto a otros también reconocibles, la mejor línea de desarrollo (*la insumisión*) frente a la gran dicotomía (*el dilema*) que recorre buena parte de la historia de las ideas: racionalismo-historicismo; y que se manifiesta también como dicotomía dominante en la contraposición entre monismo y pluralismo.

Maquiavelo será quien saque a Berlin de su sueño dogmático-monista. Pero Vico le abrirá los ojos a un mundo histórico que se transforma por la acción de la libertad del hombre que lo hace, y se auto-transforma por el conocimiento (posible y verdadero) en cuanto

resultante de esa misma acción. Vico y Berlin participan de una comprensión de la historia de las ideas no-dogmática, no-conformista, más interesada por la emergencia de concepciones originales y contrarias, más definida por filósofos y autores singulares, de espíritu crítico incluso corrosivo, rebeldes, excéntricos, opuestos a la norma y luchadores en contra de la corriente de su tiempo. Lo que explica, como a propósito ha dicho Badillo (*Fundamentos de filosofía*, Tecnos, Madrid 1998, p. 25), la cuestión de la rebeldía, del disenso, del carácter perturbador, de la genuina filosofía política, lo que en numerosas ocasiones ha dado lugar a la marginación o a la persecución, a veces física y casi siempre intelectual, de los autores verdaderamente geniales.

En la interpretación, densa y extensa pero rítmica y atrayente, que hace Sevilla, Berlin plantea una predisposición práctica que tiene resonancias –digamos– habermasianas: «la posibilidad de comunicación (y por tanto, de una mismidad intercomunicativa en la diferencia), la articulación del puente intercultural, la finitud en la serie de valores objetivamente reconocidos y la posibilidad» (p. 357) –y tal vez necesidad– de comprender esos valores objetivos desde unas premisas culturales afirmadas y reafirmadas, en una palabra: negociadas (consensuadas). *Ser diferentes de hecho no implica ser desiguales de derecho.*

Cada época satisface un conjunto de valores que configuran el modo de vida y la interpretación del mundo de los hombres que la viven. Por eso «las ideas de Vico [...] siguen siendo transformadoras. Es el verdadero padre del historicismo, de la sociología de la cultura, de la noción de validez de cada forma de arte o cultura en su propia época» (p. 366). Con el napolitano se quiebra, en el siglo XVIII, la ilusión en un progreso continuo, lineal, rígido e indefinido de la razón.

«Vico es el primero en descubrir que la comprensión es distinta del conocimiento, por ejemplo, del mundo exterior». Esta aplicación comprensiva es posible gracias a la facultad que Vico llama *fantasía* –para Berlin imaginación o *reconstructive* «fantasía»– mediante la cual es posible penetrar en mentes muy diferentes a las nuestras. La memoria, la imaginación y el ingenio componen la requerida facultad de «comprensión imaginativa» o fantasía mediante la cual es posible reconstruir el pasado humano. *Comprender es meterse dentro de la mentalidad de aquellos que les hablan a otros, y a quienes también podemos escuchar*, opina Berlin siguiendo al napolitano. He aquí lo que hace posible la comprensión humana, la comprensión de uno mismo se obtiene mejor a través de la relación con otra persona, la comprensión de la propia cultura se obtiene mejor a través de la relación con otra cultura. Berlin asume la lección viquiana: «que no podemos mirar al pasado con los ojos del presente, porque imponiendo nuestros propios valores, nuestros patrones morales, estéticos filosóficos... se nos harán incomprensibles las expresiones de aquellos valores y criterios más definidores en el pasado y no llegaremos a vislumbrar las experiencias que conformaban su particular y soberana visión del mundo» (p. 394); aunque tampoco nos dice claramente con qué ojos debemos de mirar.

Algo que Berlin aprecia en el fondo de la doctrina viquiana es también el pluralismo de valores y la posibilidad de determinación gracias a lo que hay de *común* en la naturaleza humana, pues aunque el hombre es uno en las culturas que varían, su conocimiento exige un modelo interactivo complejo (frente al que todo intento de ir descubriendo las capas de convenciones culturales para llegar a descubrir al hombre prístino y a la naturaleza humana desnuda es tarea estéril y peligrosa). *Contamos desde luego con una naturaleza común, pero*

nada impide que exista una amplia variedad de experiencia cultural. Ni que se pueda comprender verdaderamente lo múltiple y lo diverso, cuando realmente hay *algo* en común.

El ensayo de Sevilla resulta uno de los más fundadores para comprender las ideas de Berlin y, por extensión, para comprender más profundamente al propio Vico o, si se quiere, como alguna vez ha afirmado el autor: que la viquianización de Berlin es la base del desarrollo abierto de sus ideas. Sevilla plantea, de este modo, un diálogo sumamente esclarecedor de las respectivas dos filosofías, diálogo a través del cual si vemos un Berlin viquianizado, identificable sin mayores problemas, también ese hecho es algo que podemos contrastar con la berlinización de Vico que lleva a cabo el autor al que se ha dedicado esta importante obra. El Vico berlinizado ha conformado al Berlin viquianizado. Como en otros casos, la dicotomía entre originalidad y sumisión Berlin la resolvió a su manera, aunque sin perder de vista que sólo los libres podían comprender, inspirar o ser inspirados, y que la libertad consistía en ser a la vez maestro y discípulo de sí mismo.

No podemos concluir sin reiterar nuestra felicitación por la aparición de este volumen tan rico y completo en el que se nos abre, desde muy diversas perspectivas, todas eficaces, clarividentes e interesantes, un mundo personal y una vida intelectual, una concepción del mundo a través de la penetrante mirada en la historia. La mirada y la vida de Sir Isaiah Berlin, un pensador auténtico que ha sabido comprometer su pensamiento en la difícil articulación y defensa del pluralismo cultural, del valor de la libertad individual y de la necesidad de comprensión para una vida social decente.

Como el propio Berlin decía, aunque como siempre autoexcluyéndose modestamente: «Pocos placeres intelectuales son parangonables al descubrimiento de un pensador de la mejor calidad. No es un trabajo fácil, pero –y aquí si puedo hablar sólo por experiencia personal– la recompensa es grande» (p. 401). Esto es lo que principalmente nos propone este libro, y eso es lo que consiguen los autores: que Berlin quede incluido en la lista de esos pensadores cuyo descubrimiento, como a él mismo le sucediera con otros, reconfortan y recompensan intelectualmente.

* * *

